



AMÉRICA

José Antonio Cabrera
(costarricense)

1. Antigua América

Eras, América, la superficie virginal de selvas,
cataratas en las que el agua y su tromba
tenían vuelo de quetzal,
sonrisa de arco iris.

En tu espalda, pura como el rocío antes del alba,
con un sol de frente,
bebiste senderos,
altitudes que en tu transcurso
eran plata, carbón y cobre.
Eran oro y salitre.

Eras labriega, incansable, en tu trono de espesura,
con un gesto de milpa verdadera,
cabello de espiga,
hermana de la patata,
ebria de una libertad sin orígenes.

Guerrera contra ti en los tiempos difíciles,

en los recodos del camino,
fuiste lanza contra el músculo de la tierra,
tu tierra.
Tú, el átomo que nos deparaba una y otra milpa.

Fuiste, contra tus más sagrados designios,
sangre combatiente en la cumbre de una lanza,
soledad disminuyendo la población de tus
distritos.

2. América invadida

*Desde ese momento la cuenta del tiempo caminó por
otro lugar, como si de repente los pájaros empeza-
ran a volar por debajo de la tierra.*

José León Sánchez (**Tenochtitlan**)

Conocimos el itinerario de los peces en el agua,
habitantes del oro, el barro,
la piedra y el musgo.
Fuimos la corriente en la historia de ese cauce,
árbol de lealtad y nos deforestaron,
desde el Río Bravo hasta la Tierra de Fuego.

Era la primera página de la Profecía Ah 8
dictada por los ancianos,
que conocimos antes de la estaca, sus rigores,
el poder calcinante del hierro
en el hombro y en la cara.

3. América perseguida, combatiente, sacrificada

Allá, aquí,
murieron capitanes entre la pólvora y la sangre.
Allá, aquí,
no pudo la multitud
contra la llama de Hernán Cortés
quemando madrugadas.

Inti, el dios del Sol,
se llenó de heridas
cuando la Profecía Ah 8 se perpetuaba en ti.

Aquella esperada visita de los dioses
verdaderos,
no invasores,
«viracochas» con fusil y barba.

O un Quetzalcóatl extraño,
declaraciones deicidas
y todas las sílabas de la sangre,
la furia de un ciclón definitivo,
los cuatro caballos
que desbarataron, más tarde, a Túpac Amaru,
el último de los mártires.

Dioses inventados
que se clavaron como un pedernal sin fin
en cada repliegue de los días,
y fue creciendo un día de obsidiana en ti.

Como secretos paralelos a la sangre y sus abismos,
los hijos de Pizarro nos hirieron calendarios.

El humo de la última ceremonia
anunció una era implacable
que trocó el canto y las danzas milenarias
en furia, pavor y cautiverio
hasta arrancarnos toda Arauca.

4. América desolada

Borraron de un diccionario
que creíamos perpetuo
las más altas palabras.

Nos hundieron la bayoneta en el lenguaje.
En la creciente de los ríos.
En el canto interminable del Qrutaú.

La quena no pudo cantar:
extendió un lamento multitudinario,
inaplazable,
más allá de la travesía inmemorial del cóndor,
en la valla fronteriza de la noche,

donde se superponen
los colores del quetzal, su herido vuelo,
y un arco iris vapuleado por fusiles.

Solo una muerte canta el cuatro sin charango.
Tenochtitlan nos dice adiós,
manoteando entre el fuego y el agua.

No era de fuego la tierra,
se hizo incendio a fuerza de balas.
Era magia aquí, pólvora allá.
No pudo el triple con cuatro atabales.

5. **América inapagable**

Eres nuestra América, desflorada, desnuda
herida por el océano.

Somos tus hijos
a la sombra del origen, hasta el hueso.
Gotas de la misma sangre,
rotos por el mismo **palo de fuego**
en los ríos y en los Andes.

La misma ocarina de animales.
El grito de la misma quena.
La misma pobreza que espera debajo del poncho.
Los mismos caites.

La misma pollera te cubre, América golpeada.
Somos tus hijos legítimos,
a pesar del crimen,
a pesar de las murallas,
madre ancestral,
dulce América inapagable.

Heredia, Costa Rica, diciembre de 1988

NOTA: El poema «América» fue seleccionado para su publicación
en el volumen antológico **Anthologie Secrète** (Editor: Jean
Paul Mestas), Chambeurg, S/Indre, Francia.
